

RÖNNLUND: El silencio del sonido.

En el sala sur del MAC Quinta Normal, en medio de la ya presente serie de instalaciones de Anders Rönnlund, un nuevo trabajo aparece al interior de una sala débilmente iluminada y de importantes proporciones, se trata de un extraño mecanismo de madera, cubierto de pintura verde que emerge de una oscura piscina. Esta nueva instalación se ubica justo entre la sala donde encontramos la construcción de esa singular habitación de rústicos muros de tablas, cuya única iluminación se debe a las aberturas entre cada una de estas y cuya altura se suma para hacer de ella un espacio vacío que nos impulsa a su abandono. Del otro costado encontramos una sala oscura con pequeñas proyecciones de cámara fija, mostrando esgrafiados encontrados en los antiguos baños del Estadio Nacional, su audio es de rasguños constantes sobre una superficie dura. Los tres espacios se comunican por medio de un pasillo en penumbra, unificándolos en su provocación al recogimiento. Esta penumbra inicial será ya un actor primordial para esta experiencia, siendo parte de un silencio que sobrepasa los extraños sonidos que emergen de la nueva sala y que inundan, acompañando nuestro recorrido, el interior del edificio. El silencio de este sonido lo es por inducirnos un preguntar que carece de respuestas, exponiéndonos a buscar su calce con experiencias propias inenarrables, las propias historias que alguna vez hemos vivido o que de alguna manera nos tocaron.

El ingresar, se nos ofrece ya desde una primera mirada un mecanismo fuera del tiempo, con algo de antigua maquinaria abandonada y traída de un algún lugar lejano, tal vez uno de esos experimentos en busca del tiempo perpetuo que, en los albores de la industrialización, embargaron obsesivamente alguna inteligencia ingenua, pero su construcción de madera además de su inquietante y absurdo moverse, también nos lleva a otras asociaciones cuyo suspenso en clarificarlas nos inmoviliza frente al mágico artefacto que irremisiblemente, con algo de monstruoso animal, se mueve sobre su piscina, trasladando agua de manera constante por medio de mangueras transparentes en cada movimiento, la que, después de colmar unos baldes oscuros, se vacía por su propio peso, accionando por esto un conjunto de mecanismos de balancín de largo brazo que emplean rústicos adoquines como contrapeso. Cada de estos por separado y en distintos tiempos, impulsa en su moverse una precaria bomba de viento que hará sonar viejos tubos de órgano, recogidos por el artista desde su abandono como desechos de una iglesia sueca, para recobrar acá, en este lejos, todo su sonar melancólico.

Nuestra pregunta sin respuesta, nuestra estupefacción, es finalmente su, nuestro silencio, acompañado por el clamor de esos tubos de órgano que vienen de lejos, descubriendo en nosotros un temblor guardado desde ya ni siquiera sabemos cuándo. Propiedad de la memoria es justamente su silencio, su falta de respuestas, ella se deposita en nuestro interior y su inquietante palpar nos interroga constantemente, tal vez en eso pensamos cuando, buscando esas respuestas, miramos hacia arriba y nos encontramos con un último componente de este complejo trabajo, los reflejos del agua y su agitación en el encielado.

Francisco Brugnoli. Julio 2012.

Museo de Arte Contemporáneo, Santiago Chile